

su tránsito, creyendo que de ellas salía el rayo, no lo causaban en los bravos guerreros tlaxcaltecas, y que solamente la superioridad de la táctica y «la cooperacion de Dios» que en su fé la juzgaba patente en favor de su causa, podian darle la victoria. Valiente, hacia justicia y estimaba á los que lo eran. Los tlaxcaltecas le eran apreciables por su decision y valor. Pensó que si lograba persuadirles á la paz y hacerles sus aliados, su entrada en Méjico era segura.

La imaginacion de Cortés se fijó en esta última idea, y la esperanza de conseguirla cruzó risueña y lisonjera por su mente.

El sueño vino á cerrar sus párpados cuando acariciaba aquel pensamiento halagador.

CAPÍTULO XXVII

Hernan Cortés hace una incursion por los pueblos inmediatos á su campamento.—Envia mensajeros á ofrecer la paz al senado de la república.—Arrogante contestacion del general Jicotencatl.—Terrible batalla del dia 5.—Vigilancia en el campamento español.—Penalidades del ejército castellano.—Envia Cortés nuevos mensajeros ofreciendo la paz.—Hace otra incursion por los pueblos comarcanos.

1519. Brilló el dia 3 de Setiembre sin que los
Setiembre 3. tlaxcaltecas se hubiesen aproximado al campamento español.

La posicion era fuerte y presentaba al soldado abundancia de víveres y regular alojamiento en sus *teocallis* y en las chozas y cuevas en que vivian los habitantes del pue-

blecillo que se habian ausentado (1). Distaba aquel cerrito, rodeado por todas partes de pintorescos pueblos y cultivadas campiñas, seis leguas de la capital de Tlaxcala.

Hernan Cortés tendió la vista desde la plataforma del teocalli por la campiña, y al verla vestida de ricas verduras y semillas, y cubierta de poblados caseríos, se propuso permanecer allí dos dias, á fin de que el soldado reparase sus fuerzas y proveerse de los bastimentos necesarios.

Aprovechando la ausencia del ejército tlaxcalteca, los soldados se ocuparon todo el dia en componer ballestas, hacer gran número de saetas, limpiar los cañones, arreglar los arcabuces y poner en buena disposicion todo lo que pertenecia al arte de la guerra.

Al siguiente dia, tratando Hernan Cortés de dar á conocer á los tlaxcaltecas que lejos de hallarse fatigados los españoles por las pasadas batallas, estaban dispuestos á llevarles la guerra por todas partes, buscándoles donde quiera que estuvieran, dispuso una salida por los pueblos inmediatos. Comprendia que la inaccion podia interpretarla el enemigo como temor, y para darles una idea de lo contrario, se propuso salir él mismo á la cabeza, con el objeto de que viesen la confianza que los castellanos tenian en el triunfo.

Resuelta la excursion, dispuso un columna compuesta de siete soldados de caballería, cien infantes españoles, cuatrocientos aliados cempoaltecas y trescientos mejicanos de la guarnicion de *Iztacmaxtitlan*. Puesto á la cabeza de la tropa, y dejando en el cuartel general la artillería y el

(1) «Y aun tenian hechas otras casas debajo de la tierra como cuevas, en que vivian muchos indios.»—Bernal Diaz.

resto del ejército, emprendió la marcha hácia los pueblos comarcanos.

El país que recorrian presentaba un aspecto encantador. Grandes plantíos de maguey y espaciosos valles cubiertos de elevados maizales, se encontraban á uno y otro lado del camino. Hernan Cortés, sin dar tiempo á que los habitantes de los diversos pueblos pudieran avisarse y reunirse, fué penetrando en ellos, y despues de quemar cinco aldeas inmediatas, volvió al campamento, conduciendo cuatrocientos prisioneros (1). Cortés les acarició y regaló como si fueran sus amigos; les dijo que viéndoles en actitud hostil, se había visto obligado á recorrer sus pueblos; pero que de ninguna manera podia complacerse en el daño de ellos. Dichas estas palabras, y despues de hacerles algunos presentes de cuentas de vidrio, les puso en libertad, diciéndoles que habia ido al país para favorecerles y tenerles por amigos. El mismo acto de generosidad usó con los quince prisioneros hechos en la batalla del dia 2, y encargó á los dos nobles que entre ellos se hallaban, que fuesen á ofrecer de su parte al senado la paz y la amistad. De esta manera trataba de hacer ver á los pueblos, que le sobraba poder para destruirlos; y que si solicitaba la paz, era porque anhelaba la ventura de ellos.

Los dos nobles tlaxcaltecas se dirigieron al campo de Jicotencatl, que se hallaba á distancia de dos leguas. Agradecidos al rasgo usado con ellos por Cortés, se pre-

(1) Bernal Diaz dice que los cempoaltecas fueron los que «quemaron muchas casas;» pero no hay duda de que fueron quemadas por orden de Hernan Cortés; pues él mismo dice en su segunda carta á Carlos V: «les quemé cinco ó seis lugares pequeños de hasta cien vecinos.»

sentaron al jóven general de la república, poniendo en su conocimiento la invitacion del jefe español. La contestacion de Jicotencatl fué terrible. «Volved al campo castellano y decid á su general, que puede pasar con su gente á Tlaxcala donde se halla mi padre, y que allí se ajustarán las paces sacrificándoles en nuestros altares, sirviéndonos su carne en los banquetes, y ofreciendo sus corazones y su sangre á nuestros dioses» (1). Luego, haciendo una señal para que salieran, añadió: «Por mi parte, agregad, que mañana iré al frente de mi ejército á darle con las armas una respuesta decisiva».

Los mensajeros volvieron al campo español y pusieron en conocimiento de Cortés la altanera contestacion, que no dejaba medio á ningun avenimiento.

El jefe castellano, disimulando el cuidado que aquella inquebrantable resolucion le causaba, se manifestó sumamente afable con los mensajeros, les obsequió con una buena comida y excelente vino, y les regaló algunos objetos de quincallería, dirigiéndoles, como al acaso, algunas preguntas respecto de la fuerza que tenia. Entonces supo que el ejército que se preparaba á la lucha, era mas numeroso que el anterior. Segun el informe dado por los mensajeros, se componia de cinco cuerpos de á diez mil hombres cada uno, mandado cada cual por su respectivo capitán, á las órdenes todos de su general en jefe que era el valiente Jicotencatl. Los batallones estaban formados

(1) «Que fuésemos á su pueblo, adonde está su padre: que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre.—Bernal Diaz del Castillo.

de los mas valientes guerreros otomíes y tlaxcaltecas, avezados á los peligros y conocidos por su destreza y arrojo en los combates. El senado se habia propuesto enviar la flor de sus combatientes para exterminar de una vez á sus contrarios.

La nueva causó profunda sensacion en los soldados que, fatigados por los pasados combates, heridos muchos, enfermos de calenturas no pocos y estropeados todos, necesitaban de algun descanso y reposo (1). El reto del audaz Jicotencatl les hizo comprender que á un combate seguiria otro combate, y que disminuyendo el número de soldados en cada accion, al fin vendrian á sucumbir los pocos que quedasen.

La noche se iba aproximando, y con ella iba tomando en la imaginacion de cada soldado mayor cuerpo el peligro. Eran cuatrocientos hombres en medio de vastos países enemigos, rodeados de ejércitos numerosos, cuyo valor habian probado muy recientemente. Al brillar la luz del nuevo dia, tendrian cerrándoles el paso por todas partes, cincuenta mil guerreros. La suerte que les esperaba, si eran vencidos, se presentaba á sus ojos terrible. La piedra del sacrificio les esperaba para ser ofrecidos sus corazones por los repugnantes sacerdotes á los monstruosos ídolos. La perspectiva era para aterrar al corazón mas alentado.

Los castellanos, comprendiendo que el peligro era inminente y que muchos de ellos, sino todos, dejarian de

(1) «Como estábamos hostigados de las pasadas batallas é encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno.»—Bernal Diaz.

existir al siguiente día, se confesaron en aquella noche con el padre Olmedo y el clérigo D. Juan Diaz, preparándose como cristianos para la eternidad. «Temíamos la muerte,—dice el valiente Bernal Diaz—porque éramos hombres» (1).

Después de la confesion, los soldados se manifestaron contentos y resignados á sufrir la muerte. Se juzgaban empeñados en una cruzada santa, y se creían en el deber de sacrificar la vida combatiendo por la propagacion del Evangelio, y en destruir las falsas divinidades, sedientas siempre de víctimas humanas. Fortificada el alma con el dulce bálsamo de los santos sacramentos, se entregaron al reposo con la tranquilidad que les prestaba la fé, dispuestos á arrostrar con serenidad todos los peligros que se les presentasen.

1519. Al asomar la primera luz de la mañana del Setiembre 5. día 5, memorable en los fastos de la conquista de Méjico, el ejército español se encontraba formado y en disposicion de combatir. Aun los soldados heridos de poca gravedad, se hallaban entre las filas empuñando las armas.

Hernan Cortés, lleno de fé en el triunfo de la cruz, que era su enseña, se presentó á sus soldados, dejando ver en su semblante la confianza y el valor.

Su presencia aumentó el espíritu guerrero de su gente.

Comprendiendo que el marchar al encuentro del enemigo aumentaria la fuerza moral de su pequeño ejército

(1) «Como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los mas nos confesamos.»—Bernal Diaz.

y produciria en los contrarios un efecto extraño, haciéndoles formar una idea ventajosa de los soldados castellanos, dispuso salirles al paso.

Cortés dirigió una breve, pero entusiasta alocucion á su valerosa gente, donde el sentimiento religioso y el de la gloria militar andaban asociados. Instruyó á los soldados en la manera con que debían obrar en el combate respecto al manejo de las armas. Ordenó á los artilleros, ballesteros y arcabuceros, que no desperdiciasen en lo mas mínimo las municiones, ni disparase uno su arma, hasta que el otro no hubiese cargado la suya: á los armados de espada y rodela, encargó que la estocada la dirigiesen al vientre, para evitar que se aproximasen como lo habian hecho en la batalla anterior; y á los de caballería les recomendó que cargasen á media rienda, llevando las lanzas con direccion al rostro, procurando ayudarse mutuamente.

El ejército español, llevando á la retaguardia á las tropas auxiliares cempoaltecas, salió del campamento, dirigiéndose hácia el sitio por donde debía aparecer Jicotencatl con sus numerosos guerreros.

El alférez Corral marchaba en medio de la columna castellana, con la bandera tendida, que era la misma que enarboló Cortés en la Habana al hacer el llamamiento para la expedicion. El viento acariciaba suavemente aquel estandarte, en que se ostentaba una cruz roja sobre campo blanco y azul, dejando leer claramente al pequeño ejército la inscripcion latina escrita en él, y que decia: «*Amigos, sigamos la cruz, y si tuviésemos fé en esta señal, venceremos.*»

Aquella inscripcion era una proclama que henchia de entusiasmo y de fé el corazon de los soldados españoles.

Habria caminado un cuarto de legua el ejército español, cuando vió asomar por la extensa campiña que se describía á su frente, los numerosos batallones tlaxcaltecas, que inundaban, por decirlo así, toda la llanura.

No habia sido exagerado el número de guerreros indicados á Hernán Cortés por los mensajeros el dia anterior. Cincuenta mil indios, divididos en cinco escuadrones de diez mil hombres cada uno, como habian asegurado, ocupaban un llano de dos leguas cuadradas, esmaltado de verde yerba y presentando á trechos cultivadas heredades (1).

La vista del numeroso ejército tlaxcalteca era, á la vez que imponente, altamente pintoresca, por la variedad de los vivos colores que en sus guerreros resaltaban. No podia presentarse nada que igualase al extraño y vistoso conjunto que presentaban sus filas. Distinguíase á lo lejos á los jefes y capitanes por la brillantez de sus trajes de guerra. Llevaban unos, sobre esplendentes corazas de láminas de oro y plata, graciosas sobrevestas de brillantes plumas de vivísimos colores; otros vestían acolchadas corazas de algodón de dos dedos de espesor, debajo de resplandecientes armaduras que les cubrían el pecho, los muslos y la mitad de los brazos; y todos llevaban metida

(1) Hernán Cortés dice que eran mas de 149,000 hombres; pero esta debe ser una errata de imprenta de la primera edicion hecha de sus cartas. Bernal Díaz pone, como cosa segura, que eran cincuenta mil, distribuidos en el órden siguiente: Diez mil de Jicotencatl; diez mil de Maxixcatzin; diez mil de Tlehuexolotzin; diez mil de Chichimecateuctli, y diez mil de Tecpanecatli, señor de Topoijan, ciudad considerable perteneciente á la república.

la cabeza en una de madera, pintada extrañamente, figurando la de un tigre, de un leon, de una serpiente ó de cualquiera otro animal espantoso, con la boca abierta, enseñando los dientes y ostentando en su remate un hermoso penacho de variadas plumas. Así trataban, á la vez que imponer terror á sus contrarios, dar mayor elevacion á su estatura y dignidad á su persona. Desnudos enteramente, y sin mas lienzo que una faja para velar sus pudencias, se veía á los soldados rasos, pintados los cuerpos con vivísimos y diversos colores, fingiendo, con la pintura, corazas, brazales y borceguíes; llevando á la espalda el carcaj provisto de flechas, y en las manos el arco y la rodela.

Escuadrones numerosos, armados unos de hondas y piedras; otros de largas lanzas con punta del cortante pedernal llamado *iztli* ó de cobre, y varios de pesadas macanas, terribles por su mortal golpe, se movían de un lado á otro, distinguiéndose las compañías unas de otras por los resaltantes dibujos formados con la pintura que ostentaban en sus desnudos cuerpos. Los millares de estandartes que daban á conocer las tropas de cada capitán; los vistosos mantos de brillantes plumas que cubrían los hombros de los principales magnates; las puntas de las largas picas; los relucientes escudos que embrazaba la oficialidad; sus valiosas corazas; sus dorados yelmos y los hermosos penachos que por encima de las filas se veían ondular suavemente, como bellas aves de precioso plumaje sobre las doradas mieses de los campos; todo ese heterogéneo conjunto de colores, bañado por los brillantes rayos del sol de la mañana, prestaban al

ejército tlaxcalteca un aspecto poético y guerrero de maravilloso efecto (1).

Distinguíase al arrogante y jóven general Jicotencatl, por la insignia de la casa que ostentaba en su bandera, cuyas armas eran un águila caudal entre nubes blancas y encarnadas, y por los costosos vestidos adornados de oro y pedrería que llevaban los jefes que le rodeaban. El estandarte de la república, que en las marchas iba siempre á la vanguardia, y en las acciones se ponía á la retaguardia, se veía detrás del ejército, empuñado por uno de los principales jefes, y resguardado por un cuerpo de escogidos guerreros.

Una numerosa banda de música, cuyos instrumentos se componían de tamboriles, cornetas y caracoles marítimos, que producían un ruido espantoso, se descubría en las primeras filas de los escuadrones.

Jicotencatl se había propuesto coger prisioneros á los españoles y cempoaltecas, para entrar con los honores del triunfo en Tlaxcala, y sacrificarlos á sus dioses en una fiesta que se celebraría al intento.

Impaciente de llegar á las manos, dispuso sus numerosos batallones, y hecha la señal de acometida por los inarmónicos instrumentos bélicos, los escuadrones tlaxcaltecas, dando espantosos alaridos, se arrojaron como un río que rompe su cauce y se precipita por la llanura amenazando destruirlo todo.

Una descarga de flechas y saetas acompañada de una

(1) Desde la página 372 del primer tomo de esta obra, hasta la 383 del mismo, encontrará el lector todo lo relativo á los ejércitos indios en aquella parte de la América.

lluvia espantosa de piedras, arrojaron los guerreros tlaxcaltecas al colocarse á corta distancia, cubriendo el reducido espacio que ocupaba el ejército español de montones de ellas (1). Los soldados castellanos recibieron á sus contrarios con un fuego nutrido de arcabuz y de artillería, que les obligó á detenerse. Aquella detención fué funesta para los guerreros indios. Cada disparo hecho á boca de jarro sobre las inmensas masas, producía en sus filas grandes bajas, que eran inmediatamente cubiertas con nuevos combatientes. Pero la suspensión producida por el terror de las armas de fuego fué instantánea. Semejante al alud que desprendido de la montaña se detiene un instante ante algún leve obstáculo, para rodar con más ímpetu hasta llegar á la sima con espantoso estrépito, así los numerosos escuadrones tlaxcaltecas, desprendidos de su campamento y detenidos por los tiros de arcabuz, cayeron sobre los españoles con nuevos alaridos y haciendo sentir los duros golpes de sus largas lanzas y de sus formidables macanas. Una lucha terrible se trabó entonces cuerpo á cuerpo y brazo á brazo entre los dos ejércitos. Los tlaxcaltecas, resueltos á triunfar de sus contrarios, acometían con prontitud y bravura, tratando de romper el cuadro del pequeño ejército español (2). Los soldados de Cortés hacían esfuerzos inauditos para poder sostenerse unidos y auxiliarse

(1) «¡Qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parva de varas, todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma y las entrañas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Y los de espada y rodela y de otras mayores espadas, como montantes y lanzas, ¡qué prisa nos daban, y con qué bravura se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos!»